

# Identidades líquidas en los personajes de Después del invierno, de Guadalupe Nettel

THE EROTICISM OF THE GIRL-WOMAN IN THE NARRATIVE GARDEN OF FRANCISCO UMBRAL AND MARIO VARGAS LLOSA

Yessica Berenice López-Moreno\*

**Resumen:** Con base en la noción de identidades líquidas, propuesta por Zygmunt Bauman, se hace un análisis de Claudio y Cecilia, los protagonistas de *Después del invierno* (2014), novela escrita por la mexicana Guadalupe Nettel. Se explica cómo estos personajes se insertan en la posmodernidad, caracterizada por la alienación emocional, las relaciones fluctuantes y complicadas, la fragmentación, la soledad, la constante preocupación por el presente, el debilitamiento de la estructura social, el abandono de compromisos y lealtades, la búsqueda de satisfacción fácil del deseo, la inestabilidad y el pesimismo. Todo esto, contextualizado en escenarios melancólicos que realzan lo efímero de la existencia.

**Palabras clave:** análisis literario; novela; literatura latinoamericana; literatura contemporánea; ciencias sociales y humanas; filosofía; identidad; sociedad contemporánea

**Abstract:** An approach to the existing bio-bibliographic coincidences between Francisco Umbral and Mario Varga Llosa is presented, in particular, the theme of eroticism in their literature. The presence of female archetypes in their narratives is described, with special emphasis on the figure of the girl-woman, the result of the readings of the same French masters, and of the influence of music, painting and cinema on both writers. Finally, some female characters and their individual and collective transmutation are briefly analyzed, as well as their presence through a succession of paintings (a narrative garden) and metaphors that symbolize the dichotomies of good / evil, sin / redemption, eroticism / love, pleasure / pain, body / spirit.

**Keywords:** literary analysis; novels; Latin American literature; contemporary literature; social and human sciences; philosophy; identity; contemporary society

\* Universidad Autónoma del Estado de México, México  
Correo-e: lopezmorenoyessicab@gmail.com  
Recibido: 6 de junio de 2019  
Aprobado: 1 de julio de 2020



## INTRODUCCIÓN

La literatura, a lo largo de la historia, ha tratado los temas universales que atañen a la humanidad: el amor, el odio, el deseo, la ira, la culpa, entre otros, son los protagonistas de innumerables novelas. Los cambios sociales también implican transformaciones en el arte. Hace algunos siglos, la incursión de la mujer en las letras no se pensaba posible de manera pública, pero afortunadamente, cada día la escritura femenina tiene un mayor alcance. Tal es el caso de Guadalupe Nettel, quien se instaura en la reciente narrativa hecha por mujeres.

Guadalupe Nettel nació en la Ciudad de México en 1973 y es considerada una de las autoras que forma parte de las letras contemporáneas en Latinoamérica. *El huésped* (2006), *El cuerpo en que nací* (2011) y *Después del invierno* (2014) figuran en su trabajo como novelista; *Les jours fossiles* (2003), *Pétalos y otras historias incómodas* (2008) y *El matrimonio de los peces rojos* (2013) en su producción cuentista; *Para entender a Julio Cortázar* (2008) y *Octavio Paz. Las palabras en libertad* (2014) en su escritura de ensayo.

La producción de Nettel se puede analizar como fruto de una poética que se concentra en la anormalidad, las identidades mudables y la belleza de lo imperfecto, aspectos reflejados mediante la alteridad de sus personajes. Como declaró la mexicana al diario *El País*: “todo lo que escribo habla de personajes *outsiders*, de seres inadecuados por razones físicas o psicológicas que no logran encajar en el mundo, creo que ese sentimiento es el que nos hace únicos” (Punzano Sierra, 2006). En otras palabras, sus protagonistas son producto de una identidad cambiante y se encuentran fuera de los parámetros de lo ‘normal’.

*Después del invierno* nos narra la historia de Claudio y Cecilia, ambos de origen latino; el primero, cubano y la segunda, mexicana. Mediante cada uno de los apartados del libro, los personajes cuentan su estancia en ciudades diferentes

a las natales, Claudio en Nueva York y Cecilia en París. Ambos comparten la condición de ser extranjeros desde un punto de vista geográfico, pero también comienzan a padecer una alienación emocional.

Los personajes de la novela se encuentran inmersos en relaciones fluctuantes y complicadas, con características que los hace pertenecer a la ‘liquidez’, término acuñado por el sociólogo Zygmunt Bauman, quien sostiene que las interacciones actuales se centran en un dinamismo constante, en un vaivén entre las aspiraciones frustradas que intentan perpetuar algo y la desechabilidad de éstas.

Para Bauman, lo líquido se refiere a la conclusión de una etapa de ‘incrustación’ de los individuos en estructuras ‘sólidas’. En otras palabras, hay un paso de la fase ‘sólida’ de la modernidad a la ‘líquida’, es decir, a una condición en la que las formas sociales (las estructuras que limitan las elecciones individuales, las instituciones que salvaguardan la continuidad de los hábitos, los modelos de comportamiento aceptables) ya no pueden (ni se espera que puedan) mantener su forma por más tiempo, porque se descomponen y derriten antes de contar con el tiempo necesario para asumirlas y ocupar el lugar que se les ha asignado.

En este artículo se analiza la novela *Después del invierno* por medio de sus personajes y la liquidez de sus identidades durante la diégesis y su configuración. En primer lugar, se hablará de aspectos estructurales de la obra, los cuales son el puente para, posteriormente, tratar la identidad líquida en Claudio y Cecilia, protagonistas de la historia escrita por Nettel.

## IMÁGENES NARRATIVAS DILUIDAS COMO ANTESALA DE LAS IDENTIDADES LÍQUIDAS

El posmodernismo y la visión de un individuo contemporáneo trajeron consigo una gama

de alternativas narrativas que se consideraron subversivas a los modelos conservadores y, por supuesto, a las reglas estilísticas ya fundadas, entre ellos los personajes rotos o fractales. En *Después del invierno*, la fragmentación está presente desde la estructura de la obra, por estar integrada en capítulos. La misma cualidad se da en los personajes, ya que estos no sólo son seres rotos corporalmente, sino que también están escindidos respecto a su construcción emocional y personal.

Algunos teóricos literarios se basan en esta noción de lo fractal para referirse a los axiomas que constituyen un texto. Lauro Zavala, por ejemplo, cree conveniente hacer la distinción entre lo fractal y lo fragmentado. El primero, afirma, constituye una característica de la minificción y se manipula de manera autónoma; el segundo, se ensambla dentro de una serie, ya sea de un personaje o de la obra misma.

*Después del invierno* resulta ser bastante más compleja que sólo la historia de dos extranjeros, ya que la voz narrativa es cedida a lo largo de los diferentes apartados. El argumento se desarrolla a lo largo de 31 capítulos dispuestos casi simétricamente, ya que la voz de Claudio y la de Cecilia se van alternando (el hombre en los números nones, la mujer en los pares), a excepción del capítulo 29, denominado “Invocación”, donde Cecilia, a manera de soliloquio, eleva una súplica para que la muerte le conceda la fortuna de llevársela. Asimismo, existe un juego con el uso del tiempo, ya que hay momentos en los que los personajes realizan un salto hacia el pasado. Estas analepsis serán el tormento de los protagonistas, pero también la motivación incesante para forjar su presente y querer desesperadamente un futuro perfecto, utopía que los lleva, en varias ocasiones, a la agonía.

Cada apartado narrativo posee un título breve; los dos primeros reciben el nombre de los personajes a manera de presentación. Así, “Claudio” es el capítulo número uno, mientras que “Cecilia” es el número dos. Si bien cada parte de la novela

constituye una capa que se deshoja para conocer a los personajes, estos dos primeros apartados son la base para reconocer la transformación por la que atraviesan los protagonistas al final de la novela.

Cuando Claudio comienza a contar su historia, su casa será lo primero que presente al lector. Él es un hombre lleno de obsesiones que designa el espacio en el que vive como un templo impenetrable. En su descripción no se habla de sus características emocionales o personales, tampoco de su nombre o de sus antecedentes, sino de la ubicación del lugar donde habita como el sello que lo define, así como el motivo por el cual lo adquirió: “Compré este departamento por una buena razón: su precio. Durante la primera visita, cuando la vendedora de la agencia inmobiliaria pronunció la cantidad, sentí un hormigueo en el estómago: por fin me sería posible hacerme de algo en Manhattan” (16).<sup>1</sup>

Cecilia, una mujer que sale de Puebla por decisión de su padre, quien la cría tras el abandono de su madre, llega a París con la firme convicción de que no puede seguir en un espacio tan folclórico (como ella califica a la llamada Ciudad de los Ángeles); sin embargo, parece que su estadía en Europa incrementa su soledad. Incluso, conforme avanza su narración se da cuenta que no puede adecuarse al nuevo lugar, tal como afirma:

Poco a poco, mi entusiasmo se fue reduciendo hasta desaparecer. Mi mayor preocupación era resistir al invierno, al viento gélido que me golpeaba la cara y a la constante presencia de la lluvia callada y terca, como una rata que se ha instalado en nuestra casa, imposible de ahuyentar (62).

Tanto Cecilia como Claudio muestran su cotidianidad, que aparentemente se llena de actividades rutinarias, pero también relatan momentos de su

1 Todas las citas pertenecientes a *Después del invierno* corresponden a Nettel, 2014, por lo cual sólo se anota el número de página.

pasado, de este modo, la estructura de la novela no sólo propone una polifonía en la historia, sino también una serie de imágenes discursivas que parecen formar una identidad mediante trozos de la existencia que no se pueden fijar.

Narrar la identidad se relaciona con un proyecto de vida que el sujeto desarrolla como parte de una construcción y un autorreconocimiento; no obstante, en las identidades líquidas esta planeación no encuentra un lugar estable donde poder anclarse, por lo que existe un yo indeciso y a la deriva. Es el caso de Cecilia, quien presenta una constante vacilación, además de que existe en ella una postura titubeante y múltiples cuestionamientos de la constitución de su existencia: “¿Qué diablos esperaba de la vida? La pregunta empezó a deslizarse como una sombra amenazante y a minar el frágil equilibrio de mis días. La verdad, ahora lo veo claro, es que no esperaba nada” (65). Las interrogantes del personaje evidencian, por un lado, la escasez de certeza sobre su futuro, pero también un juego entre el pasado y el presente como algo que no puede asegurarse. Así, la narración en pasado y después en futuro constituye una reflexión que pone de manifiesto a una Cecilia del futuro que ve lo que hizo en el pasado.

El relato de la protagonista, vacilante entre distintos espacios temporales, evidencia la fluctuación de su pensamiento, debido a esto, la focalización del narrador en primera persona también es incierta, pues sólo estamos frente a lapsos de aparente juicio. La narración en pasado domina y persiste con la ausencia de planes. La figura narrativa, por lo tanto, se mantiene en la ausencia de un pretérito que pueda resolver de manera prometedora lo que se cuenta desde el pasado.

La sucesión de acciones de los personajes, a pesar de estar contada en pasado, se equipara con la estructura que propone Bauman sobre la identidad; para él, “la imagen de uno mismo se desintegra en una colección de instantáneas, cada una de las cuales debe evocar, contener y

expresar su propio significado, en la mayoría de las ocasiones sin referencia a otras instantáneas” (2001: 35).

La manera en que está ensamblada la novela es así una representación de las fisuras que existen en la configuración de Claudio y Cecilia, ya que los saltos narrativos constituyen también la completud de su propia diégesis individual. Del mismo modo, el espacio forma parte de la fluidez que existe en ellos. En *Después del invierno*, éste existe como algo físico, pero además simbólico, ya que configura a cada uno de los personajes. Tal como afirma Antonio Garrido Domínguez:

el espacio es sobre todo un signo del personaje y, en cuanto tal, cumple un cometido excepcional en su caracterización, tanto en lo que se refiere a su ideología como a su mundo interior o personalidad y, cómo no, su comportamiento. El hecho de que con mucha frecuencia —sobre todo en la narrativa moderna— el espacio se presente a través de los ojos (la perspectiva) del personaje no es nada banal al respecto, puesto que se convierte automáticamente la visión en un signo del propio observador. Así pues, los personajes deambulan por espacios que constituyen una proyección de ellos mismos y, en cuanto tales, se contraponen entre sí (1996: 176-177).

Los espacios son, entonces, un elemento narrativo que modifica a los personajes, pues tanto Cecilia como Claudio cambian gracias al lugar en el que se encuentran; tales sitios no sólo forman parte de su estadía, sino que también los refiguran.

El espacio es el territorio donde los protagonistas interactúan, pero también se construyen por medio de las condiciones peculiares del medio geográfico. En este caso, la ciudad constituye el monstruo que transforma. La urbe representa la posibilidad de hacer lo que se quiera. A diferencia del campo tradicional y apacible, la ciudad es por antonomasia el lugar de la libertad,

de la noche, de la exploración, y también el sitio donde se desenvuelve la novela de Nettel.

En *Después del invierno*, Claudio y Cecilia, mediante su percepción del espacio, modifican la esfera en la que se hallan. De manera simbólica, Cuba, México, Nueva York y París son sus espacios englobantes. Estas metrópolis, independientemente de las condiciones que les otorgue el continente en el que se encuentran, en definitiva dan a su estancia una peculiaridad emocional. La urbe encierra los espacios que se hacen más íntimos para los personajes. La casa de cada uno, la escuela, el cementerio y el hospital son puntos que se convierten en partes del espacio que también los conforman, tal como plantea Cecilia:

la ciudad escondía muchas cosas debajo de sus fachadas y de su papel de la pared, historias de comerciantes, de exiliados, de personas en tránsito que habían vivido ahí durante décadas; historias de ausencias [...] cuyos rastros aún impregnaban las fachadas de las casas (93).

La urbe narrada posee el ambiente que da un contexto a las situaciones muy cercano al de las ciudades actuales, por lo que la identificación por parte del lector es inmediata. La dualidad existente entre tiempo y espacio permite evidenciar que las relaciones que desarrollan los protagonistas son parte de una vida líquida, donde lo contemporáneo se antepone a la fugacidad. Mediante las diferentes dimensiones de la novela se puede afirmar la liquidez del espacio, del tiempo y de los personajes.

## IDENTIDADES LÍQUIDAS

El término 'identidad' no es reciente, pues las preguntas sobre quiénes somos y quiénes son los otros constituyen un cuestionamiento inherente al ser humano. De esta manera, su significación

se puede entender a partir de diferentes momentos históricos, o bien, como un problema y un debate epistemológico. Aunque ya se trató cómo la estructura de *Después del invierno* configura a los personajes de la novela, también existe una condición que denota la liquidez presente en Claudio y Cecilia.

La crisis del concepto de 'identidad' estableció diferentes posibilidades, entre ellas la deconstrucción y una hegemonía del término, lo cual permitió que se aceptara que: "las identidades nunca se unifican, y en los tiempos de la modernidad tardía están cada vez más fragmentadas y fracturadas: nunca son singulares, sino construidas de múltiples maneras a través de los discursos, prácticas y posiciones diferentes" (Spera, 2014: 17).

De este modo, la apertura a distintas formas de entender la identidad permitió que el tema no sólo fuera un tópico ontológico por antonomasia que abordaba exclusivamente la filosofía, sino que también lo trataran diferentes ramas humanísticas y de las ciencias sociales. En el campo de la sociología, Zygmunt Bauman se ha convertido en los últimos años en un nombre de referencia para sustentar, teóricamente, las relaciones que desarrollamos durante la modernidad y, por supuesto, la transición a la posmodernidad. El pensador, de origen polaco, acuñó términos como 'sociedad líquida', 'amor líquido' y 'miedo líquido', siempre refiriéndose a la incertidumbre constante del individuo, así como a su imposibilidad de fijarse.

Para entender con mayor profundidad la noción de liquidez propuesta por Bauman, se debe tener en consideración que el sociólogo habla acerca de una modernidad y una vida líquida. La primera se considera una condición social, y la segunda corresponde a la manera de vivir dentro de lo efímero. El teórico afirma:

la vida líquida es una vida precaria y vivida en condiciones de incertidumbre constante [...] es una sucesión de nuevos comienzos,

pero, precisamente por ello, son los breves e indoloros finales —sin los que esos nuevos comienzos serían imposibles de concebir— los que suelen constituir sus momentos de mayor desafío y ocasionan nuestros más irritantes dolores de cabeza. (Bauman, 2016: 10).

La vida líquida se puede vincular con esa serie de finales sucesivos que se apegan a una ley de desechabilidad. No es una etapa, sino una cotidianidad donde hay que desprenderse día a día y alimentarse con la insatisfacción del ‘yo’. La identidad posmoderna no se asume mediante la colectividad, sino mediante una individualidad efímera que tiende al cambio. Bauman formula algunos rasgos de la liquidez, entre los que destacan:

- La palabra comunidad como sinónimo de totalidad se ha convertido en un sin sentido, por lo que lo social ya no es algo estructurado, sino una red que tiene una infinidad de conexiones y permutaciones infinitas.
- Existe un colapso de pensamiento y de planificación a largo plazo, junto con el debilitamiento de la estructura social. Estos puntos se complementan con el olvido, la información, los vínculos y las relaciones que se consideran obsoletas porque forman parte del pasado, para una constante preocupación por el presente.
- El apego a una normatividad ya no existe de manera rígida, sino más bien se funda en la flexibilidad, es decir, en la destreza para cambiar en un santiamén, para abandonar compromisos y lealtades sin arrepentimientos y para ir en busca de las posibilidades, apegadas al deseo del momento, en vez de seguir lo ya consolidado (2008: 7-12).

Las características que enumera Bauman se pueden identificar en los personajes de Claudio y Cecilia. En la novela existen algunos grupos que pueden formar una comuna, pero que están lejos

de la unificación y la creación de lazos, por ejemplo, Cecilia conoce a un hombre llamado Tom, con el cual forma una relación muy cercana. Debido a que él padece una enfermedad terminal, pasan un tiempo considerable en el hospital. En el nosocomio, Cecilia observa cada una de las actividades; la cofradía que forman los enfermos se vuelve parte de su identificación, pero se trata de un vínculo vacío, por lo que afirma: “Para no asfixiarme, bajaba al restaurante de visitas, pero al llegar, el trasiego de la gente, los ruidos de los platos y cubiertos y los timbres de celular me parecían irreales e incomprensibles” (229). La relación con su entorno se vuelve incomprensible porque no hay un acto de solidaridad, sino más bien presencias que no están completamente, pero que permiten perpetuar la existencia y el destino de su relación con Tom.

Cecilia no encuentra una pertenencia a tal ambiente. A este tipo de comunas aditivas a lo líquido, Bauman las denomina ‘comunidades de guardarropa’. El individuo se integra a estas colectividades sólo cuando cree necesitarlo, pero puede dejarlas en el perchero sin ningún inconveniente, pues “nacen al ser invocadas, aunque sea sólo de forma fantasmal, al colgar nuestros problemas individuales [...] las comunidades de guardarropa se improvisan durante el tiempo que dura el espectáculo y se vuelve a desmantelar enseguida” (Bauman, 200: 71-72). Es así que el vínculo de Cecilia con el grupo es momentáneo, hay una identificación, pero únicamente funciona en ese instante.

Tanto la mexicana como el cubano cambian de un momento a otro, por lo que hay un abandono constante de responsabilidades y apegos, aspecto que se relaciona con lo descrito por Bauman acerca del fluir de las nuevas identidades, cuyo lema es el *carpe diem*. Claudio acepta las cosas de manera flexible por resignación, tal como dice: “ser-feliz-ahora-mismo-a-pesar-de-todo, a pesar del dolor y de la certeza de que la vida es, básicamente, imposibilidad y dolor” (265). Pese a que el personaje identifica las dificultades de la



existencia, se conforma con estar en su presente y aprovechar el día, lo que es también un modo de permanecer en lo inmediato, en aquello que resuelve su necesidad.

La inconstancia de Claudio y Cecilia se da en un continuo transcurrir. En términos de Bauman, hay un flujo de identidades, es decir, “el movimiento hacia una identidad permanentemente por fijar (imposible de fijar en realidad)” (2005: 47). De este modo, la identidad que propone el sociólogo consiste en la posibilidad de volver a crear-se una y otra vez a partir de las circunstancias que se van presentando.

La fluctuación entre la aceptación y el rechazo de la individualidad y la colectividad forma parte de la vida líquida, pues lo que se busca es una resolución de lo inmediato, una sujeción al presente más allá de la planificación a largo plazo. Este colapso del pensamiento es lo que caracteriza a Claudio, quien se atiene a la conveniencia de sus relaciones —como en las ‘comunidades de guardarropa’— en particular con su pareja. Ella es su solución inmediata, de quien toma lo que necesita, pero sin establecer ningún convenio a futuro, tal como describe: “Me hice amante de Ruth convencido de que para el amor yo era un discapacitado. Al principio apenas me gustaba. Me seducía sobre todo su elegancia, sus zapatos caros, su olor a perfume” (25). Claudio menciona que se siente embelesado por ciertos objetos, es decir, en él lo material se sobrepone a lo sentimental, por lo que Ruth es su camino para adquirir estatus en la ciudad de Nueva York, un contexto donde se valora lo costoso. La necesidad de resolver de la mejor manera ese momento, mediante la seducción basada en las apariencias y los lujos, es también otro de los rasgos de la liquidez: la flexibilidad, que responde a la satisfacción fácil del deseo más que al interés por la perpetuidad. La concepción de la identidad posmoderna ya no busca una idea reformadora y colectiva del ‘yo’, sino un móvil perpetuo, tal como sucede con Claudio y Cecilia.

Los personajes de *Después del invierno* poseen una vida precaria y un conflicto constante en sus vidas, aspectos que se vuelven una irritante carga. La precariedad constituye un adjetivo que designa la poca estabilidad y duración; con este epíteto se denomina a alguien que no posee medios o recursos suficientes, por lo que se puede aplicar a los personajes de Nettel, quienes no se consideran capaces de integrarse a su entorno, o bien, de estar consigo mismos. Incluso sus circunstancias, en ocasiones, parecen orillarlos al pesimismo, gracias a los escenarios melancólicos de la propia ciudad. Sobre su entorno, Cecilia afirma: “basta quedarse un par de meses para empezar a impregnarse de esa apatía gruñona y antisocial. No hace falta hablar con nadie para sufrir el contagio” (61). En las palabras del personaje se pueden notar dos cosas que unen los conceptos identidad y liquidez; por un lado, Cecilia siente un rechazo por el medio en el que está inmersa, por otro, siente la pesadumbre de no pertenecer a un entorno que le proporcionaría la posibilidad de identificarse con algo. El contexto de inestabilidad se convierte en una fotografía que evidencia seres roídos o grises y sus identidades líquidas.

Otro problema de la liquidez, tal como explica Bauman, consiste en que: “Toda identidad reclamada y/o ansiada se ve envuelta en un dilema (el de la identidad como problema frente a la identidad como tarea) y su lucha por emanciparse del mismo será siempre infructuosa” (2015: 45). El ‘deber ser’ y el ‘tener que ser’ son los constantes conflictos de Claudio, que lo llevan a un actuar fluctuante, por lo que cuando Ruth lo deja, afirma: “Carecer de un motivo para vivir no justifica que un hombre se abandone. Yo debía seguir trabajando” (197). En otras palabras, pese a que dice no tener un impulso para seguir adelante, decide continuar sus labores, pues su deber y su necesidad de no parecer alguien débil le impiden detenerse. La dualidad entre lo que el personaje quiere que se note de él y lo que desea proyectar

socialmente es parte también de la lucha por forjar su identidad.

Mediante la transversalidad de las identidades, los protagonistas de la novela de Nettel reconocen su modo de estar, gracias a esto y a la narración de sus realidades y percepciones el lector puede adentrarse en la subjetividad de Claudio y Cecilia. Las voces narrativas crean un mecanismo que se vuelve una visión intransferible y personal desde el yo y que forma parte de la subjetivación propia, lo que les permite a los personajes no pertenecer totalmente a una comuna, pero tampoco estar aislados de ésta. De igual forma, no existe en ellos una fijación de ideas, sino más bien una fluctuación de pensamiento, lo que desencadena el abandono de planes a largo plazo.

Los diferentes preludios de los personajes crean una identidad palimpsesto, la cual se refiere a la escritura y tachadura en la construcción identificadora. La identidad palimpsesto no reside en el aprendizaje, sino más bien en el olvido, tal como Claudio hace con sus parejas:

Una de las reglas que me impongo con las mujeres es no saber nada de su vida anterior a mí. Eso las mantiene, a su vez, apartadas de la mía. En pocas palabras, la discreción levanta una barrera de distancia tan necesaria a mis ojos como la higiene más elemental (71).

Las parejas de Claudio son también parte del borrador de su identidad, que se forma a partir de no querer que algo permanezca. Esta sucesión de amoríos no sólo permite que la vida líquida suceda, sino que pone de manifiesto las interrogantes sobre lo efímero de las relaciones actuales, sobre todo, al equiparar el reemplazo y la desechabilidad con las llaves del éxito emocional. Así como la nueva concepción de identidad ha traído consigo una apertura hacia diferentes paradigmas, también permite la reflexión sobre las formas contemporáneas del ser del individuo y su pensamiento.

Claudio y Cecilia son personajes que hacen una cartografía de sí mismos, pero al mismo tiempo elaboran un mapa de los lugares, la percepción de sus emociones y la transición de sus estadías, con lo que logran una posible perpetuación. Sin embargo, con este acto de narración también se agudiza su postura individualista, aspecto que acentúa la identidad efímera.

Ambos protagonistas se encuentran en una línea límite a lo largo de la novela, como espectros que no pueden estar ni vivos ni muertos del todo. La vida y la muerte constituyen esos dos polos que les dan a los personajes su condición totalmente humana, pues sucumben un sinnúmero de ocasiones para luego enfrentarse a una nueva oportunidad de existir.

Dicho lo anterior, la novela de Nettel representa un acercamiento al sentir humano y su búsqueda de un sentido. Claudio y Cecilia evidencian que la vida es condescendiente, pero también avasalladora. Estos personajes, por lo tanto, suponen figuras narrativas que van más allá de experimentar situaciones desde un solo vértice, más bien trascienden y ponen en tela de juicio la fragilidad de los vínculos y las relaciones personales. Claudio y Cecilia atraviesan cada época del año como un nuevo recorrido en el que pueden ser los ídolos que transgreden los modelos clásicos para engendrar héroes contemporáneos.

## CONCLUSIONES

*Después del invierno* es una novela que propone personajes que no se conciben como absolutos o radicales, en otras palabras, ninguno se puede etiquetar a partir de una postura maniquea como 'bueno' o 'malo', sino que más bien son un producto del acontecer.

'Acaecer' es la palabra que bien podría definir el texto de Guadalupe Nettel. El título de la obra nombra, de manera simbólica, la estación del año que corresponde a la temporada más



gélida, la cual precede al renacer de la primavera. Por lo tanto, 'después del invierno' también hace referencia a un resurgir, donde la naturaleza se transforma mediante su desembocadura en el esplendor de la renovación. Del mismo modo, los personajes se transforman, o bien, se resignan a aprehender la vida tal y como se le presenta.

La identidad es un término que la novela replantea. Ya no se le percibe desde la univocidad, sino que define distintas percepciones de la ficción mediante la voz e intimidad de los protagonistas. Este concepto se transforma mediante la construcción de Claudio y Cecilia, pues cada uno se forja a partir de las experiencias que va atravesando. Dicho planteamiento tiene mayor aceptación mediante el entendimiento de que no existe una sola identidad, sino un cúmulo de posibilidades tanto de configuración como de lecturas de los personajes.

Del mismo modo, ya no se puede pretender que la identidad se rija bajo un estándar que englobe ciertos cánones de regulación de comportamiento, más bien encontramos una multiplicidad de visiones desde lo heterogéneo. La liquidez describe esta pluralidad con la que los individuos configuran cada uno de sus acontecimientos vivenciales como algo que no se encuentra estático.

La identidad, en el contexto de la novela de Nettel, se puede analizar a partir del concepto de vida líquida que acuña Bauman, y de la desechabilidad que trae consigo. La caducidad y el vértigo forman puntos clave de inestabilidad y transición en la obra.

La vida líquida devora y cuestiona la capacidad del ser para poder enfrentarse a la existencia misma, lo efímero existe en las relaciones y en las estancias. Claudio y Cecilia son entes que se convierten en un nuevo modelo de nómadas. Llevados por la ansiedad, fijarse en un solo sitio les resulta imposible. En ellos se vuelve común el sentirse como extranjeros, o bien, fuera de lugar. El viaje de los protagonistas a lo largo de la diégesis por Cuba, Nueva York, México y París es

también una travesía por la indeterminación, así como por la ausencia de un itinerario, resultado de la huida y de la aparente búsqueda de seguridad.

*Después del invierno* constituye una mirada a una parte sombría emocional, aquella que se mantiene oculta porque es el vértice doloroso del ser. Para comprender la completud de los personajes resulta necesario pensar en la otredad desde uno mismo, o bien, desde las dicotomías, pues sólo con el reconocimiento y vivencia de la oscuridad, de la soledad, de la frustración y del sufrimiento es posible obtener, como Claudio y Cecilia, algunas migajas de felicidad.

#### REFERENCIAS

- Bauman, Zygmunt (2001), *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Akal.
- Bauman, Zygmunt (2005), *Identidad*, Buenos Aires, Losada.
- Bauman, Zygmunt (2008), *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, México, Tusquets.
- Bauman, Zygmunt (2016), *Vida líquida*, México, Gandhi.
- Garrido Domínguez, Antonio (1996), *El texto narrativo*, Madrid, Síntesis.
- Nettel, Guadalupe (2014), *Después del invierno*, México, Anagrama.
- Punzano Sierra, Israel (2006), "Guadalupe Nettel retrata en *El huésped* la verdad de lo oculto", *El País*, Madrid, 22 de enero de 2006.
- Spera, Rocío Belén (2014), *Reflexiones en torno al concepto de identidad en Hall, Derrida, Foucault y Laclau*, [tesina de Grado], Universidad Nacional del Rosario, Rosario, Argentina.

Yessica Berenice López Moreno. Estudiante de la Maestría en Humanidades en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México. Está interesada en los autores posestructuralistas Michel Foucault, Jacques Derrida, Deleuze y, actualmente, Zygmunt Bauman, así como en los estudios de escritura femenina y literatura comparada. Ha publicado el capítulo de libro "Escrituras del yo" (*Temas de crítica y teoría literarias. Aproximaciones*, 2020).